

Unas notas sobre el Museo del Ampurdán de Figueras

Por RAMON REIG
Académico correspondiente de la
R. A. de Bellas Artes de S. Jorge

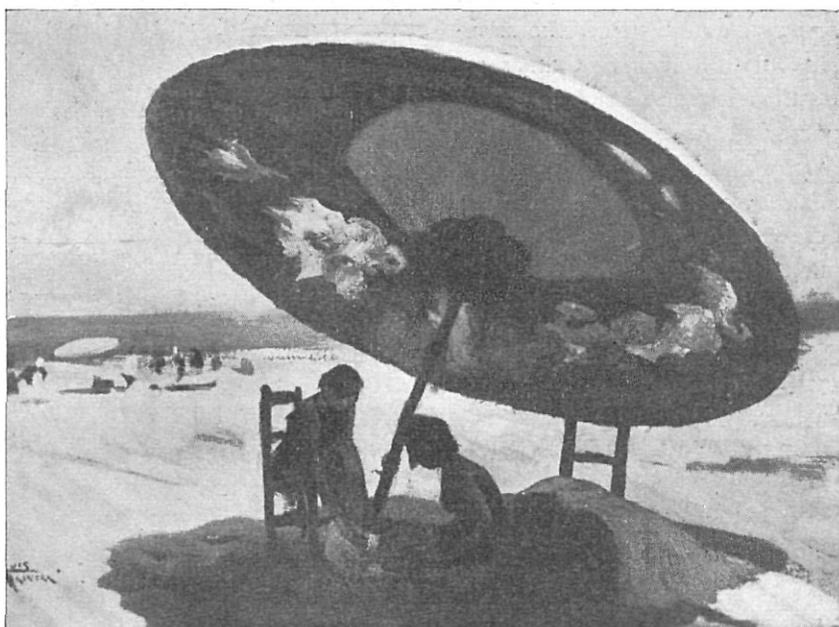
Entre los museos de la provincia merece destacarse, pese a su reciente creación, el Museo del Ampurdán de Figueras, instalado en el piso del ala norte del Instituto Nacional de Enseñanza Media, en espera de tener edificio propio.

Si muchos museos llevan una etiqueta, «arte moderno», «arte popular arqueológico», etc., lo cual nos parece muy bien para orientar al visitante, el del Ampurdán, sin apoyarse en un calificativo determinado, ha sido enfocado dando importancia a cierta modalidad; la acuarela. El conjunto que luce de pinturas a la aguada merece destacarse tanto por su calidad como por su número —que va engrosando— siendo indispensable sea citado por los tratadistas y sin que puedan dejar de verlo los buenos aficionados y cultivadores.

Casi con carácter de pinacoteca, no faltan buenas esculturas. Una selecta colección de cerámica y objetos varios ocupan toda una sala que lleva el nombre de su donante, el señor Quintana. De Ampurias guárdase un lote de piezas originales en vitrinas y unas cuantas reproducciones características. Donativo del Excmo. Sr. D. Miguel Mateu la colección de monedas antiguas que se han sumado a las donadas por el figuerense Sr. Vernet.

* * *

La colección de acuarelas se enriquece con una importante serie de mediados del siglo pasado, momento en que alcanzó gran auge el procedimiento. Comentaremos algunas.



«La sombrilla». Luis Masriera

Antonio Caba, el meritísimo retratista, nos dejó unas concienzudas muestras de su dominio en un «Labriego» y una figura de caballero, vestido con casaca, junto a un bargeño, en cuyas tallas recreóse el maestro. Esta obra rememora, aunque sea de manera remota, al «Contino» fortuniano.

Del hermano de Villegas, R. V. y Cordero que así firmaba para distinguirse de aquél, muerto prematuramente víctima de un accidente cuando había alcanzado éxitos remarcables, se conserva una «Cocciara», fechada en Roma en 1885; magnífica por el desenfadado garbo y amplio toque con que está resuelta. Más concienzuda resulta la figura femenina del aragonés Agustín Salinas, de unas calidades logradísimas.

El gran escultor Rosendo Nobas se encariñó con la magia del procedimiento que trató con ciertos convencionalismos en algunos casos —ejemplo; payeses en el interior de un bosque— y menos en otros. Su «Interior de academia» nos resulta un buen documento de la época.

El olotense Berga y Boix tuvo una manera de hacer, personalísima, que le distingue y queda patente en la serie (todas de pequeño tamaño) de acuarelas sobre temas de paisaje de la Garrotxa. De redu-